

# **¿QUÉ CLASE DE PAÍS QUEREMOS Y QUÉ CLASE DE EDUCACIÓN PARA ESE PAÍS?**

MARÍA DE IBARROLA NICOLÍN

I niciaré esta presentación con una felicitación al INEE por haber aceptado el desafío de dar a conocer los resultados que alcanzaron los jóvenes mexicanos en el examen de la OCDE y preferir tener esa información, por más negativa que parezca, para usarla para mejorar el sistema educativo nacional.

Creo que también merece una felicitación por el trabajo técnico adicional que le permitió incorporar en el estudio una muestra de 30 mil jóvenes, con la finalidad de hacer extensivos los resultados de la prueba a las entidades de la República y a las modalidades educativas en la que están los jóvenes de 15 años. También es importante reconocer la responsabilidad y la eficiencia institucionales demostradas al dar a conocer los resultados con toda oportunidad, informar sobre los límites y posibilidades de los resultados, posicionarse claramente en contra de interpretaciones simplistas y hacer todo este trabajo de difusión y de comentarios de los resultados. Todo lo anterior unido a la administración de las pruebas nacionales. Ojalá nuestras instituciones educativas tuvieran todas este nivel de responsabilidad y de compromiso.

Los comentarios a los resultados del PISA 2003 quisiera hacerlos en tres sentidos: sobre las pruebas mismas, ¿qué esperamos de ellas?; sobre la responsabilidad en cuanto a los resultados, que parece ser el tema de interés sobre todo para los medios: ¿quién es el culpable?; y, sobre los efectos del conocimiento de estos resultados en la política educativa mexicana, ¿qué medidas tomar?

En relación con las pruebas del PISA quisiera señalar que confío en la validez técnica y la rigurosidad de las mismas así como en los procedi-

---

María de Ibarrola es investigadora del Departamento de Investigaciones Educativas del CINVESTAV.

mientos para elaborarlas pero, obviamente, tienen los límites propios de toda prueba estandarizada y hay toda una descripción de cuáles son sus alcances y posibilidades. Son un instrumento, un indicador que nos está diciendo, a lo mejor, que nuestros niveles de energía cognitiva para enfrentar el futuro no son los que tienen otros países, pero nada más. No nos dicen mucho más, tenemos que hacer un enorme trabajo para encontrar las causas, explicar la naturaleza de los fenómenos, conocer nuestras prioridades, expectativas y perspectivas.

Las pruebas miden habilidades para la vida en estudiantes de 15 años y nos indican que los jóvenes mexicanos no están preparados para aplicar los conocimientos adquiridos en la escuela y en otros procesos de formación en la vida diaria, para adaptarse con éxito a un mundo cambiante y para desenvolverse en la sociedad del mañana, la sociedad del conocimiento –o del no conocimiento– que espera México en el futuro inmediato. Es aquí donde tenemos todavía discrepancias muy grandes como país, no sabemos cómo estamos entrando a la sociedad del conocimiento y quiénes y cómo lo están haciendo.

Resultan abrumadores varios resultados a pesar de los enormes esfuerzos realizados a todo lo largo del siglo XX para alcanzar cada vez mayor y mejor formación de nuestros jóvenes:

- a) el elevado porcentaje de jóvenes de 15 años fuera de la escuela, parece ser el único país –de todos los que participan– que todavía tiene a 42% de sus jóvenes fuera de ella;
- b) el elevado porcentaje de jóvenes que se clasifica en los niveles 0 y 1, los más bajos del rendimiento medido; deberíamos tener más datos sobre qué es lo que sí saben nuestros jóvenes para, a partir de ese diagnóstico, dar los saltos cualitativos que necesitemos;
- c) las diferencias entre entidades de la República y los muy bajos resultados de la telesecundaria, sobre todo porque ésta fue la estrategia para incrementar la escolaridad de nuestra población a nueve grados obligatorios.

Pero más que bordar sobre la diferencia por tipo de prueba –que realmente ameritan un trabajo mucho más profundo– mi interés fundamental radicaría en qué hacer para mejorarlos. ¿Tenemos que encontrar culpables? En realidad no se trata de eso, pero sí debemos conocer causas, analizar

condicionantes, expectativas, prioridades y así modificar las políticas. En este sentido, me parece importante analizar a fondo lo que nos dicen los resultados del PISA, sobre todo en el capítulo 5 del informe general, que creo que no se ha analizado con la profundidad que requiere.

Tal vez el principal resultado –advirtiendo que no es generalizable– es que sí hay una consistencia y correlación entre los obtenidos en las pruebas y ciertas características de las sociedades en las que éstos se logran: el contexto, se llama en el informe. Cierta consistencia con el PIB, con el producto per cápita, con el monto del gasto educativo por alumno y en particular con el promedio del nivel socioeconómico y cultural de las escuelas.

Un segundo resultado que me interesa recalcar se desprende de un dato que por ahí nos mandó Martínez Rizo: la correlación con los índices de desigualdad al interior de los países. El país con menor desigualdad es Finlandia, México está entre los que tienen mayor desigualdad.

El tercer gran resultado, desde mi punto de vista, es que todo lo referente a la intervención escolar, la organización del sistema, el ambiente de aprendizaje creado por la escuela, arroja resultados muy diversos y dispersos. Analizados de uno en uno estos factores de intervención, algunos se correlacionan con los resultados, como lo mencionaba la maestra Gabriela Ramos, pero siempre están matizados por el nivel sociocultural del promedio de la escuela, por el insumo social, como dicen en el informe y, además la intervención escolar en los distintos países, en general corresponde a una mezcla diversa de esos indicadores.

En ese sentido, quisiera entonces analizar estos tres grandes resultados. En primer lugar la sociedad mexicana y los límites de la educación. Tenemos un PIB per cápita que, en términos absolutos, se sitúa en el sexto lugar entre los países más bajos: 8 mil 950 dólares al año. Pero más que la pobreza en términos absolutos, interesa reconocer que tenemos una sociedad compleja, heterogénea, multicultural, muy desigual, que nos conduce a una falta de acuerdos respecto del proyecto de país que queremos, incluida la educación.

¿Qué clase de país queremos y qué clase de educación para ese país? Por supuesto podemos resolver esa pregunta al revés y decir: de acuerdo con este sistema educativo es el tipo de país que queremos. Sin embargo, tenemos que tomar en cuenta la historia de nuestro sistema educativo en relación con la sociedad del conocimiento: ¿en qué momento, como país, dejamos de hablar de analfabetismo, y a pesar de ello todavía tenemos

cerca de un 10 por ciento de mexicanos analfabetas? ¿Cuándo logramos la escolaridad de seis años para todos los niños? Todavía no la obtenemos, a pesar de que lo acordamos como país hace más de un siglo. Si la secundaria se hizo obligatoria en 1993, ¿cuándo lograremos que todos los jóvenes mexicanos la cursen? ¿Qué ha pasado con las grandes reformas educativas de 1970 y de 1990?, ¿qué de ellas ha arraigado en las transformaciones de fondo en nuestra sociedad? ¿Cuánto se tarda una transformación educativa?

Hablamos, entonces, de los límites de la educación. Cuando encontramos resultados tan difíciles como algunos que mencionaba el doctor Muñoz Izquierdo, diría que estamos en presencia de los límites de la escuela, el momento en el que el esfuerzo escolar ya no puede contra ciertas determinaciones socioeconómicas.

Por ejemplo, unido al resultado de las pruebas de lectura podríamos preguntarnos, ¿qué tanto usa nuestra sociedad la lengua escrita? En la vida familiar el empleo de la lengua escrita es muy reducido; en los trámites ciudadanos su uso es verdaderamente difícil; en el trabajo –según una encuesta reciente en un sector industrial tradicional– sólo 12% de los trabajadores la utiliza para el desempeño de sus funciones. La lectura refiere directamente a los conocimientos codificados, pero no debemos olvidar que existen también los saberes tácitos y diferencias notables entre los conocimientos codificados. ¿Qué material impreso disponible tenemos de manera generalizada, las estampitas escolares con las que se hacen las tareas o libros en forma? Por lo general, sólo los libros de texto gratuitos se localizan en todas las familias mexicanas. Las revistas que circulan son del tipo de *TV Notas*: poco texto, muchas fotos.

Estamos muy centrados en los saberes tácitos y este brinco a la sociedad del conocimiento codificado es realmente mucho más difícil de lo que podríamos pensar. Así, hay una gran diferencia entre tener disponibilidad de un lugar en la escuela y el acceso al conocimiento o la aplicación del mismo.

Quiero resumir y pedirle a Felipe Martínez Rizo que el Instituto proporcione los datos a los investigadores de educación para que se realice una serie de estudios mucho más profundos que nos permitan correlacionar los resultados de las pruebas con el clima escolar, las áreas de decisión, la administración escolar, de quién y cómo se deciden las políticas de evaluación y control, qué pasa con el nombramiento de los profesores, cómo

se seleccionan los textos, etcétera, que son los rubros que analiza con más detalle el informe del PISA para todos los países. Según los datos del informe, los recursos asignados a la educación son muy bajos en términos absolutos, pero muy elevados en términos relativos. Entonces, ¿debemos elevar la proporción del gasto educativo o el PIB del país? He ahí una gran duda.

De la misma manera, sabemos que los salarios de nuestros maestros, en términos absolutos, son de los más bajos, y las cifras manejadas por el informe en realidad refieren a salarios por dos turnos. En términos relativos, los maestros mexicanos ganan casi el doble del PIB por persona, ¿tenemos que disminuir el salario de los profesores o elevar el PIB per cápita?

Sería conveniente analizar, una por una, la infinidad de políticas educativas que continuamente se han tomado: en nuestro país, la política educativa es objeto de la atención de prácticamente toda la población. El sistema escolar es el que ocupa más trabajadores. La tercera parte de la población mexicana está involucrada directamente en el sistema escolar, ya sea como docente, como alumno, o bien, como administrador. Como lo decía la maestra Ramos, nuestros jóvenes están contentos y orgullosos y tienen buenas expectativas de la escuela, lo que no ocurre en Japón, por ejemplo.

A partir de 1989 se han diseñado y aprobado infinidad de políticas de modernización. Ya se definió que 8% del PIB tiene que dedicarse al gasto público. Ya nos dijeron los diputados, que tenemos que educar a los niños durante tres años de preescolar obligatorio. Son innumerables los diversos programas para atender la calidad, propiciar la lectura, mejorar la formación de los profesores, atender a nuestra diversidad intercultural, asegurar la equidad del acceso a la escuela entre la población. Desde hace algunos años se ha dado prioridad a todo tipo de evaluaciones; entonces, ¿qué es lo que nos falta?

Creo que tendríamos que preguntarnos, con más seriedad y profundidad, por los “culpables” de los resultados educativos. Esta mañana parecía que el gran culpable era el sistema escolar pero, además, dentro de él, habría que buscar quién, ¿el Sindicato? Pero podríamos también preguntarnos si no es más bien el sistema fiscal el que no nos permite tener como PIB más que 12% en los impuestos para distribuir o, si es el sistema de la distribución de la riqueza en México, conforme al que tenemos grupos de

población riquísimos que, sin embargo, tampoco obtienen buenos resultados en los exámenes, y un porcentaje muy alto de nuestra población está en niveles de pobreza incluso extrema.

¿Quién es el culpable de este indicador que aparece en una prueba internacional conforme al cual resulta que los jóvenes mexicanos no están siendo bien preparados para enfrentar los retos de la sociedad del conocimiento?

Tendríamos que aceptar que la educación no es la responsable directa ni única de esta situación y que detrás de cada problema educativo hay una intrincada madeja de asuntos sociales, políticos, culturales, legales. Como ejemplo simple bastaría señalar que detrás de los vicios que podríamos encontrarle al SNTE está la Ley Federal de Trabajadores al Servicio del Estado, cuyas medidas permiten afirmar que son legales, o tienen un sustrato legal, los vicios que se atribuyen el Sindicato.

Entonces, el verdadero cambio educativo requiere no sólo analizar nuestro sistema educativo muy a fondo –que efectivamente debemos hacerlo– sino ver cómo integramos ese sistema educativo a proyectos de cambio social, económico y cultural, en el que estemos de acuerdo todos los mexicanos y ver qué lugar le damos en ese proyecto a la sociedad del conocimiento.